

!

TRAVESURAS DEL VIENTO

Desde 1823, mientras que el bodegón de Montfermeil se oscurecía y desaparecía poco á poco, no en el abismo de una bancarrota, sino en la cloaca de las deudas pequeñas, los Thenardier habían tenido otros dos hijos, varones ambos; con éstos eran cinco, dos hembras y tres varones; lo cual era mucho.

La Thenardier se había desembarazado de los dos últimos, cuando eran aún muy pequeños, con una felicidad singular.

Hemos dicho, con razón, desembarazado, porque en aquella mujer no había más que un fragmento de naturaleza; fenómeno de que hay más de un ejemplo. Como la mariscala de Lamothe-Hondaucourt, la Thenardier sólo era madre para sus hijas. Allí concluía su maternidad. Su odio al género humano empezaba en sus hijos; por el lado de éstos, su maldad estaba cortada á pico y su corazón tenía en este lugar una lúgubre escarpadura. Como se ha visto ya, detestaba al mayor y odiaba á los otros dos. ¿Por qué? Porque sí. El motivo más temible y la respuesta más incontestable es *porque sí*.—No necesito una manada de chicos,—decía esta madre.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO LUIS"
Año 1925 MONTANES, MEXICO

Expliquemos cómo los Thenardier habían llegado á librarse de sus dos últimos hijos, y aún á sacar provecho de ellos.

Aquella Magnón, de quien hemos hablado en otro lugar, era la misma que había conseguido sacar una pensión al infeliz Gillenormand para los dos hijos que tenía. Vivía en el muelle de los Celestinos, á la esquina de la antigua calle del Almizclero, que ha hecho lo posible por cambiar en buen olor su mala fama. El lector recordará la gran epidemia de garrotillo que devastó hace treinta años los barrios ribereños del Sena en París, y de que la ciencia se aprovechó para experimentar en gran escala la eficacia de las insuflaciones de alumbre, tan útilmente reemplazadas hoy por la tintura externa del yodo. En aquella epidemia la Magnón perdió, en un mismo día, sus dos hijos, aún muy pequeños, uno por la mañana y otro por la tarde. Esto fué un gran golpe, porque estos niños eran muy preciosos para su madre; representaban ochenta francos al mes. Estos ochenta francos eran pagados exactamente, en nombre del señor Gillenormand, por su contador el señor Barge, portero retirado, calle del Rey de Sicilia. Muertos los niños, la pensión quedaba enterrada. La Magnón buscó un recurso. En aquella tenebrosa masonería del mal, de que formaba parte, se sabe todo, se guarda el secreto y se prestan todos auxilio mutuamente.

La Magnón necesitaba dos hijos; la Thenardier los tenía, y precisamente del mismo sexo, de la misma edad. Esto era un buen arreglo para la una y una buena colocación para la otra. Los niños de la Thenardier se convirtieron en niños de la Magnón. Esta se mudó del muelle de los Celestinos á la calle Cloche-Perce. En París, la identidad que liga á un individuo á sí mismo se rompe de una calle á otra.

El estado civil, que no intervenía en nada, no reclamó, y la sustitución se hizo del modo más fácil del mundo. Sólo la Thenardier exigió, por el préstamo de sus hijos, diez francos al mes, que la Magnón prometió y aún pagó. No hay que decir que el señor Gillenormand continuó pagando. Cada seis meses iba á ver á los niños y no notó el cambio.—Señor,—le decía la Magnón,—¡cómo se parecen á vos!

Thenardier, que encontraba fáciles todos los disfraces, aprovechó esta ocasión para convertirse en Jondrette. Sus dos hijas y Gavroche apenas habían tenido tiempo de notar que tenían dos hermanos. En cierto grado de miseria se apodera del alma una especie de indiferencia espectral y se ve á los seres como larvas. Las personas más allegadas se presentan como vagas formas de la sombra, que apenas se distinguen del fondo nebuloso de la vida y se confunden fácilmente en lo invisible.

La noche del día en que la Thenardier había hecho entrega de sus dos hijos á la Magnón, con voluntad expresa de renunciar á ellos para siempre, tuvo ó aparentó tener un escrúpulo, y dijo á su marido:—Pero esto es abandonar á esos niños!—Thenardier, magistral y flemático, cauterizó el escrúpulo con esta sentencia:—¡Juan Jacobo Rousseau hizo más!—La madre pasó entonces del escrúpulo á la inquietud.—¿Y si la policía nos persiguiese? ¿Es permitido esto que hemos hecho, decidme, señor Thenardier?—Thenardier respondió:—Todo es permitido. Nadie verá en esto más que una cosa clara como el agua. Por otra parte, no hay interés alguno en cuidar de hijos que no tienen un cuarto.

La Magnón era una variedad elegante del crimen. Se cuidaba del aseo personal. Dividía su habitación, amueblada de una manera extraña y miserable, como una astuta ladrona inglesa afrancesada. Esta inglesa,

que se había naturalizado en París, recomendable por sus ricas relaciones, íntimamente ligada á las medallas de la biblioteca y á los diamantes de la señorita Mars, fué después célebre en los anales del crimen: se llamaba *la señorita Miss*.

Los dos niños, que, por decirlo así, cayeron en suerte á la Magnón, no tuvieron de qué quejarse. Recomendados por los ochenta francos, estaban cuidados como todo lo que es explotado; no estaban mal vestidos ni mal alimentados; estaban tratados como unos «señoritos;» estaban, por fin, mucho mejor con su falsa madre que con su madre verdadera.

La Magnón se hacía la señora y no hablaba en caló delante de ellos.

Así pasaron algunos años. Thenardier auguraba bien. Un día que la Magnón le llevaba sus diez francos mensuales, le dijo:—Será preciso que «el padre» les dé educación.

Pero de repente aquellos dos pobres niños, bastante protegidos hasta allí, aún por la mala suerte, fueron lanzados bruscamente á la vida y se vieron obligados á empezar á recorrerla.

Una prisión en masa de malhechores como la del zaquizamí de Jondrette, que necesariamente había de complicarse con requisitorias y prisiones ulteriores, es un verdadero desastre para esa repugnante contrasociedad oculta que vive bajo la sociedad pública; una aventura de este género arrastra tras sí toda clase de derrumbamientos en ese mundo sombrío. La catástrofe de los Thenardier produjo la catástrofe de la Magnón.

Un día, poco tiempo después que la Magnón hubo dado á Eponina el billete relativo á la calle Plumet, se verificó en la calle Cloche-Perce una repentina visita de la policía; la Magnón fué presa, lo mismo

que la señorita Miss y toda la vecindad, que era sospechosa, tuvo que pasar por los hilos de la justicia.

Los dos niños estaban jugando en aquel momento en un patio y no vieron nada de esta catástrofe. Cuando volvieron, hallaron la puerta cerrada y la casa vacía. Un zapatero de un portal de enfrente los llamó y les dió un papel que su «madre» había dejado para ellos. En el papel había escritas unas señas: «Señor Barge, contador, calle del Rey de Sicilia, número 8.» El hombre del portal les dijo:—Ya no vivís ahí. Idos. Esa casa está cerca. La primera calle á la derecha. Preguntad el camino con este papel.

Los niños se fueron, llevando el mayor al menor, con el papel que debía guiarlos en la mano. Tenía frío; sus deditos hinchados se cerraban mal y apenas sostenían el papel. Al dar la vuelta de la calle Cloche-Perce, se le llevó una ráfaga de viento, y, como caía la noche, no pudo encontrarle.

Pusiéronse, pues, á vagar por las calles.